

UN PARÉNTESIS DISOLVENTE **(el siglo XIX venezolano en José Luis Salcedo-Bastardo)**

Alexánder Torres Iriarte

“A los pueblos como a los hombres les asiste el derecho de repudiar herencias. Los hechos pasados deben ser recibidos bajo beneficio de inventario. No puede la juventud ser esclava de legados que traban y niegan su desarrollo.

La circunstancia de ser ‘pasado’ no le comunica a un hecho razón forzosa de vigencia; antes bien, el examen se impone y si es lo correcto se les rescatará, o sin remordimientos se le relegará al rincón de los desechos”

José Luis Salcedo-Bastardo, 1955

Resumen

La presente indagación se inscribe dentro de lo que denominamos historiografía venezolana contemporánea. Es decir, la correlación entre el hecho histórico propiamente dicho y su impresión en la conciencia nacional. El autor establece los aspectos básicos que caracterizan el siglo XIX en la obra *Historia Fundamental de Venezuela* del escritor José Luis Salcedo-Bastardo. El historiador venezolano, pese a su gran esfuerzo por la explicación de la Venezuela decimonónica no pudo escapar del desmesurado culto al héroe que él mismo criticó a la llamada “historiografía tradicional”. De tal manera, que no examina ni analiza los complejos elementos dinamizadores de la Venezuela del siglo XIX, sino que se conforma con un discurso *moralizante* que le adjudica a la Venezuela del siglo antepasado el carácter de edad media nacional, idea por cierto, no exclusiva en el autor, pero que en el mismo alcanza su mayor representación, trayendo como consecuencia, la desnaturalización científica de la historia, a la vez de una lectura ético-metafísica de la misma.

Palabras clave: historiografía- Historia-Siglo XIX venezolano.

Summary

The present inquiry registers inside what we denominate contemporary Venezuelan historiography. That is to say, the correlation between the

properly this historical fact and their impression in the national conscience. The author establishes the basic aspects that characterize the XIX century in the work *Fundamental History of the writer's Venezuela* José Luis Salcedo-bastard. The Venezuelan historian, in spite of his great effort for the explanation of the Venezuela decimonónica could not escape from the learned *desmesurado* to the hero that him same it criticized to the call “traditional historiography”. In such a way that he doesn't examine neither it analyzes the complex elements *dinamizadores* of the Venezuela of the XIX century, but rather he conforms to with a speech *moralizante* that awards the Venezuela of the previous century the character of national half age, he devises by the way, non sole right in the author, but that in the same one it reaches his biggest representation, resulting in, the scientific *desnaturalización* of the history, at the same time of an ethical-metaphysical reading of the same one.

Key words: historiography - History-century XIX Venezuelan.

A Manera de Introducción

El conocimiento histórico no ha escapado de su dicotómica condición de ciencia y consciencia. Sin embargo, existe una *cultura pédantesque* que pone en la picota el carácter científico de Clío. Tampoco se ha librado de su añeja respuesta binaria de una historia para comprender o una historia para juzgar. Tal vez esto sea producto en gran medida de esa creencia generalizada de que la historia es “maestra de vida” y por ende, nos erigimos como los inquisidores- sacerdotes del “santo oficio” de historiar- de todo lo que ayer pasó y como si fuera poco, predcimos sobre los arcanos del porvenir. ¡Que irrespetuosos somos con la memoria de los muertos y que presumidos con el porvenir de nuestros nietos! Y digámoslo: no es fácil huir de los resabios del romanticismo histórico-social, los remanentes del “cientificismo” positivista, del nacionalismo ciertamente amorfo y las hueras generalizaciones de un marxismo mal digerido, que se cimentan con sus matices de rigor, sobre la naturaleza providencialista, escatológica y teleológica de la historia. La sugerencia en esta situación que estamos acusando es tener pendiente nuestras posturas y divisar hasta qué punto nos compor-

tamos eclécticamente. Quizás- y reitero mi tono conjetural- muchos han sabido sacarle provecho a las confusiones teórico-metodológicas de los últimos empeños, para construir *pastiches* sostenedoras de ordenes establecidos, y para eso es necesario cacarear la muerte de las ideologías y la defunción del sujeto histórico. Pero volvamos al redil, estas líneas se acercan más a la historiografía que a la teoría de la historia.

La presente indagación se inscribe dentro de lo que denominamos historiografía venezolana contemporánea. Es decir, la correlación entre el hecho histórico propiamente dicho y su impresión en la consciencia nacional. Nuestra intención es establecer aspectos básicos que caracterizan el siglo XIX en la obra *Historia Fundamental de Venezuela*¹ del escritor venezolano José Luis Salcedo-Bastardo².

Al evaluar el discurso histórico de connotados “hombres de letras” venezolanos nos encontramos un verdadero desprecio por lo que representa el siglo que arranca con la separación grancolombiana y que cierra- su accidentado tránsito- en la férrea dictadura de Juan Vicente Gómez y la revolución petrolera, lo que de manera didáctico-metodológicamente categorizamos de siglo XIX³.

Con estas páginas buscamos precisar cómo una interpretación historiográfica alcanza su punto más alto en José Luis Salcedo-Bastardo, trayendo como consecuencia, la desnaturalización científica de la historia, a la vez de una lectura ético-metafísica de la misma⁴.

Si bien, la independencia venezolana es un período de aciertos y fortunios que desencadenan en la gesta emancipadora, por la hercúlea voluntad de los líderes de la revolución, encabezado por el personaje-núcleo Simón Bolívar, en el verbo encendido de Salcedo-Bastardo, el tiempo comprendido entre 1830 y 1936, será un ciclo de sinsabores e involución. Ante esos “veinte años más fecundos de la historia venezolana”⁵ de 1810 a 1830,

le sigue la edad media nacional, el aciago momento del oscurantismo. Esta será la argumentación gruesa del Salcedo-Bastardo a la hora de calibrar los elementos específicos y dinamizadores de la realidad venezolana decimonónica. Y el personaje cardinal no será el héroe denodado por el país, sino un oscuro actor, cambiante e inaprensible: el caudillo autocrático. Este será el protagonista de un siglo “en general devastador y degradante”, de “empeño disolvente”, de obvio “signo negativo”:

“Ruina histórica es el deterioro de la imagen de la Patria, la quiebra de su programa evolutivo, la negación de toda y cada una de las metas que a partir de los tiempos de Miranda, Picornell, Gual y España, tuvimos aquí tan magistralmente definidas. Venezuela vive al día, a la deriva, víctima de la voracidad doméstica y extranjera, sin derecho, libertad ni justicia, con alma congelada”⁶

Esta es en líneas generales la tesis del autor a la hora de sopesar el siglo XIX.

Un Huésped Indeseable

Salcedo-Bastardo caracteriza al caudillo como una impronta negativa difícil de borrar de nuestro devenir histórico, protagonista de añeja procedencia e hijo legítimo de la violencia colonial. Sin embargo, será en el siglo XIX, una vez terminada la guerra de la independencia, que aflorará con una fuerza inusitada este nuevo dirigente. El caudillo es la síntesis del poder material, el prestigio y el carisma que hunde sus raíces en el frenético conquistador español. Al explicar la raíz del caudillismo, Salcedo-Bastardo apela a una consideración global, donde el determinismo racial, como la expresión “telúrica tropical” y el carácter “semifeudal” de nuestra economía, sirvieron de motivación- con sus matices específicos por su puesto- en la gestación del fenómeno histórico. En todo caso, el caudillo es el promotor de un nuevo esquema sociopolítico que engendra en su entidad vicios impugnables:

“Respecto a la labor del caudillo, mayormente negativa, se advierten en él dos acentuadas fallas: una ética y otra intelectual. La primera, es la crisis del verdadero patriotismo y el empeño en sustituir a éste, aunque conservando mañosamente la terminología, por el más burdo egoísmo; deficiencia moral es su nunca satisfecha rapacidad y la inclinación irresistible al autocratismo arbitrario y corruptor; lo mismo el olvido y el desconocimiento de la palabra prometida, en un alarde de maquiavelismo barato; igual, el fomento de la adhesión personalista hasta los más abyectos límites de la sumisión. En cuanto a las luces, el caudillo acusa evidente penuria mental cuando se niega a percibir la Patria grande, obnubilado por la aldea, y también cuando desprecia, por impropia de ‘machos’ y ‘jefes’, a la cultura como calidad del espíritu. No que el caudillo sea un imbécil; generalmente, aunque su instrucción es rudimentaria y no pocas veces él es un analfabeto, posee penetración psicológica, a veces agudeza increíble, aptitud para entender a sus seguidores y para imponérsele por el conocimiento de sus almas”.⁷

La ausencia de grado académico no le imposibilita al caudillo su facultad para el “manejo” de los conciudadanos, sin escapar de su influjo los mismos ilustrados. Nuestra historia nacional está atiborrada de ejemplos. También, cerca del entorno íntimo del “jefe” siempre hay civiles, escritores o plumarios dispuestos en crear bases jurídicas y sistemas normativos complacientes y arbitrarios a los designios del hegemon. Es así como se van a construir las autocracias en nuestro siglo XIX, una “praxis de machete y machismo” como regresión de la práctica política moderna. En todo caso, el caudillo se comporta como un personaje con máscara de respetabilidad, siendo realmente, un embaucador de las ilusiones populares. Reitera Salcedo-Bastardo:

“Obra de los caudillos es el fraude a la plenitud revolucionaria; la contención de ésta, es la frontera exacta del interés de aquéllos, será la causa de la inestabilidad y las dificultades en el dilatado período bajo su patrocinio. Pospuestas sin fecha quedan las directrices cardinales de la

Revolución; apenas se defiende la simple separación de la Corona española, se adultera la justicia económica, se niega la unidad jurídica, se lesiona la igualdad y se arroja al país por la pendiente de la desilusión moral y del atraso cultural”⁸

Visto de esta manera, el corolario del caudillismo es la burla agraria y la proliferación del latifundismo, binomio de calamidad que beneficia a los inescrupulosos de turno y la comparsa de ricos propietarios. La estructura económica colonial quedará intacta pese a los diferentes gobiernos de consignas “revolucionarias” y de justicieros de orden de explotación. De tal modo, arguye el autor, que desde José Antonio Páez hasta Juan Vicente Gómez, el hambre de justicia social muchas veces prometida al pueblo llano nunca será cumplida por el hombre de empresa de la Venezuela agroexportadora. Muchas veces se argumentaran causas populares e igualitarias, pero todo se traducirá en terrofagia, deviniendo el latifundio como régimen típico de la explotación en esta centuria y la persistencia del esclavismo a conveniencia de los intereses de grupos. Solo se concretará la abolición de la esclavitud en el gobierno de José Gregorio Monagas en 1854 por razones hoy bien explicables. Su sostenimiento ya no era rentable para las “fuerzas vivas”:

“Para entonces tal bandera ha perdido mucho de la importancia que tuvo antes. Mientras las oligarquías y las autocracias han estado eludiendo la libertad de los esclavos, se ha verificado un cambio apreciable en la situación. La esclavitud ha llegado a transformarse en un régimen antieconómico de producción, se ha convertido en una empresa onerosa; su liquidación se promueve como negocio para los amos, por lo menos la expectativa de obtener una buena indemnización por una mercancía desvalorizada o, en todo caso, de soltar una carga pesada. Según las propias estimaciones oficiales, el esclavo costaba más de lo que producía; el rendimiento del esclavo no compensaba los gastos de manutención. De allí que para la época monaguista, la esclavitud se halle en plena metamorfosis, y que la

declaratoria de su ‘abolición’ ocurra en paz dentro de la complacencia general. Ahora los terratenientes se aseguran para los latifundios peones baratos, prácticamente gratuitos, con mucho menos costos y contratiempos. El liberto es el siervo ideal para los acaparadores terrófagos”⁹

De tal manera que la tan cacareada libertad de los esclavos, “La ley redentora”, como elemento positivo en la oscurana de un siglo detractor es otra reivindicación fallida, así, nos recuerda Salcedo-Bastardo, la Revolución social está lejos de concretarse.

Del Disimulo a la Vergüenza

No puede escapar Salcedo-Bastardo del culto al héroe. Si bien, es innegable que la empresa unionista latinoamericana descansa en la figura de Simón Bolívar, no escatima el autor en responsabilizar al carácter parroquial del caudillo como la causa fundamental de la disolución colombiana. Así nos dice que mientras que el Libertador trabaja por la unidad mayor, Páez, Santander y Flores representan el más burdo esquema caudillista de viciado regionalismo. Nos recuerda el autor que Bolívar siempre fue consecuente con su ideal americanista y los esfuerzos mezquinos fraguaron sus intereses universales:

“Pero así naufraga el interamericanismo-proyección magna supranacional de la Revolución-, su aspiración menor: Colombia, no va a tener mejor suerte. Su existencia es dificultosa y accidentada, y la liquidación está próxima. Intereses análogos a los que provocaron el fracaso de aquel ideal integracionista se consagran a demoler la república tripartita. Los pretextos no faltan; lo que falta es grandeza y alta visión política. Verdades y mentiras son aderezadas, exageradas y manipuladas para estos fines favorables al caudillaje”¹⁰.

La “Gran Colombia” está rota y el nuevo siglo comienza con su pecado original, la traición del sueño bolivariano. Triunfa en última instancia “el caudillismo y las oligarquías disolventes”. Bajo la égida de José Antonio Páez, acota el autor,

se impone el sentimiento negativo contra el General Bolívar. El otrora “centauro de los llanos” es el paradigma del crimen institucionalizado:

“Con Paéz se inicia, moderadamente, la serie de autocracias que imperarán en Venezuela. La autocracia es, en esencia un régimen de retroceso; una vuelta al absolutismo ya conocido y padecido aquí bajo el imperio español; con los agravantes –en varias de ellas– de toda intransigencia, abyección y crueldad que caben en la ignorancia de los peores criollos”¹¹.

De igual manera que existe un paralelismo entre el sistema absolutista y la autocracia, ésta última está también íntimamente relacionada con la tiranía. Autocracias son los regímenes que campean nuestro difícil siglo XIX como máxima expresión de “primitivismo y el subdesarrollo político”. Todos estos gobiernos *anómalos* que rigieron el destino del país se barnizarán de legalidad y legitimidad popular. Diversos y bastantes audaces son los calificativos que le asigna Salcedo-Bastardo a cada uno de los gobiernos de turnos. Al Paecismo lo nombra “disimulo y formalismo”, al Monagato “sombrio nepotismo”, al Guzmancismo “modernización y rimbombancia”, al Crespismo le adjudica de “rusticidad servil”, del Castrismo “crueldad y delirio”, y Gomecismo, simplemente el epíteto de “la vergüenza de América”.

Haciendo un balance, Salcedo-Bastardo asevera que sólo personalismo y caudillismo autocrático es lo que impera en Venezuela. Nos explica el autor, que es una argucia intentar “absolver” estos personajes “con la excusa que pudieron ser peores”. Pese a su contexto económico-social “todos son conscientes y responsables, como lo revelan en el cuidado de sus propios intereses”¹². Pese a esta aplastante realidad hubo voces disonantes y modernizadoras que ya exigían un sistema político democrático. Pero mucho de este clamor de libertades públicas partían de los viejos líderes del “momento estelar” de la his-

toria nacional, la independencia y por ende, representan los únicos defensores de la tan añorada, y ahora traicionada Revolución:

“Sucesores de los mártires de la pre-Independencia, y de los millares caídos por la Emancipación, aparecieron por todos los puntos del país; ninguna región fue indiferente a la tragedia. La inteligencia nacional, en su mejor dimensión ética, supo contradecir a la parte prostituida, que fue cómplice y complaciente. Algunos binomios de venezolanos han hecho arquetípico el debate contrastante de los dos estilos irreconciliables, y de las antagónicas actitudes; cada tiempo tiene el suyo y renueva el simbolismo; Vargas y Carujo; González y Páez; Toro y Monagas; Acosta y Guzmán Blanco; Gual y Echezuría; Morantes y Castro; Arévalo González y Gómez”¹³.

Y así Salcedo-Bastardo despacha la lucha de los contrarios: la barbarie y la fuerza contra la virtud y el talento. Gobiernos ignominiosos, retrógrados que se alejan de la “época áurea” de la historia de Venezuela, toman por asalto cien años de desolación. Se le escamotea al pueblo el adelanto político, y “mejoramiento integral”, apreciadas metas encarnadas en un tiempo que ya fue.

Esa Violencia Nuestra

La falta de civilidad es denunciada permanentemente por Salcedo-Bastardo como el gran ausente de la Venezuela del Siglo XIX. Lo “civil” resulta un completo sarcasmo en los *gobiernos de facto* de una centuria violenta. De igual manera el ripioso discurso del caudillo de turno que se autoproclama revolucionario:

“Hasta el término ‘revolución’, en este paréntesis desintegrador que va de 1830 a 1935, ve desvirtuado su sentido de transformación de las estructuras y se torna la voz más gastada e inexpresiva del léxico político venezolano. De ella se usa y se abusa para rotular cada revuelta, cada alzamiento, cada insurrección, golpe, sublevación, invasión, cuartelazo, rebelión, complot, usurpación, intentona,

sedición, pronunciamiento, asalto o motín, pues son muchos los sinónimos para la misma realidad desgraciada, y ninguno es revolución”¹⁴

Las guerras intestinas y la ambición de poder es un péndulo constante de nuestra hora menguada. Enfrentamiento fratricida revestido de “revolución” es el saldo lamentable de “no menos 354 sucesos sangrientos” en el transcurrir de un siglo. En un poco más de cien años no hubo ni un lustro de paz. Los grandes logros coronados con la guerra de la Independencia se vinieron a traste por el engaño del *mandamás* del momento. La postración general de la sociedad y la economía sirvió de pábulo para otro conflicto bélico que vino a diezmar la población venezolana. La Guerra Federal (1859-1864) es en gran medida la resultante de una vieja deuda social, que como lastre calamitoso, se arrastraba desde la emancipación misma. La cancelación de la pobreza, acallar el hambre popular y alcanzar la añorada igualdad social, son tres de los móviles visibles que la impulsan. El saldo sobrepasa a las 350.000 víctimas en un quinquenio dantesco. El líder indiscutible es Ezequiel Zamora quien se erige como mítico personaje de un episodio donde los desposeídos parecían cristalizar sus postergadas ambiciones. Al final, nos declara Salcedo-Bastardo, la Guerra Federal ha sido la más grande estafa histórica en Venezuela:

“La Guerra Federal repite las promesas muy conocidas por los míseros olvidados y con sus llamaradas alumbra ilusiones desvaídas; estremece a la sociedad venezolana, pero es como el parto de los montes, tampoco llega a la médula económica. De nuevo el único cambio perceptible es el de algunas individualidades. Los soldados quieren tierras, justicia y democracia; las aspiraciones tanto de los rebeldes como de los gobiernistas son las mismas; la antítesis existe entre todos ellos y los dirigentes; los cabecillas de uno y otro lado demuestran a la larga que sólo se distinguen por las posiciones que ocupan. Al término de la guerra, una inyección de sangre proletaria- caudillos del ‘liberalismo’- rejuvenece a la escualida oligarquía que antes se soñó

liquidar. La más completa ruina es el resultado real de la guerra traicionada...”¹⁵

Como se puede inferir, las consecuencias de esta guerra civil fueron nefastas para la sociedad venezolana: crisis económica, deceso poblacional, devastación, anarquía, enguerrillamiento, inestabilidad política, quiebre institucional, etc. La resultante de esta turbulencia será la conquista del poder político por parte de la fracción de Juan Crisóstomo Falcón hipotecando nuevamente la esperanza popular. Luego vendrán nuevas acciones militares, que en intrincado panorama político decimonónico, se adjudicarán el calificativo de “Reformas”, “Federal”, “Legalista”, “Constitucional”, “Regeneradora”, “Reconquistadora”, “Rehabilitadora”, “Restauradora”, “Libertadora”, etc., bien sea por el capricho, la megalomanía o los turbios intereses del insurrecto del momento. A pesar de este sombrío cuadro, acuña Salcedo-Bastardo, dentro de este paréntesis contrarrevolucionario desde José Antonio Páez hasta Juan Vicente Gómez, “es una constante la lucha heroica, abnegada y terca contra la opresión, sin mirar que las fuerzas sean desiguales”¹⁶.

De tal modo que la dramática realidad venezolana se debate en una solución dicotómica: tiranía o caos. Ninguna escapatoria existe en una Venezuela de encendidas guerras fratricidas, país precapitalista con rezagos de esclavismo y feudalidad. Por añadidura, e despilfarro administrativo y la crisis de producción serán las banderas de los gobiernos de turno. Pese a las excepciones de Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez, tampoco pudieron eludir sus ansias autocráticas y latifundistas. Como si fuese poco, desolación física y despojo territorial le endilga Salcedo-Bastardo a sus cuadros de calamidades. Ausencia de tratados y acuerdos que sirvan de contención a la expropiación del territorio nacional por fuerzas extrañas. Protocolos leoninos que socavan nuestra soberanía nacional contabiliza Salcedo-Bastardo para reafirmar su tesis de una Venezuela de ruina histórica. ¿Qué decir del bloqueo de nuestras costas en la rehabilitación Castrista? ¿Qué argumentar so-

bre el entreguismo de Juan Vicente Gómez? Aunado a esta trágica situación, se suma una Venezuela donde su factor fundamental, sus hombres, están a la merced de enfermedades y epidemias. Nula inmigración, pérdidas de habitantes, estragos de cólera y paludismo aceleran la decadencia de un gentilicio preñado de esperanza y de cambios profundos.

De la Desolación a la Decadencia

La desolación física ocupa un papel importante en el inventario de aspectos negativos que hace el autor sobre el siglo XIX. La obstaculización del norte revolucionario que cristalizó antes de los años 30 del decimonono, tiene como paralelo el abandono y la destrucción de los recursos del país. De tal modo que Salcedo-Bastardo acusa que en la Venezuela de caudillos y oligarquías también la “torturada geografía” se llevó la peor parte. Desastres, terremotos y hasta langostas hicieron estragos en la centuria vil. Por otro lado, el incumplimiento de tratados y acuerdos tiene su peso específico, en virtud que la política de “fidelidad hemisférica” que caracterizaba a la Venezuela proindependentista, se ve interrumpida por las perniciosas autocracias. Ni Antonio Guzmán Blanco, el más “civilizado” gobierno del momento pudo evadir el decaimiento de los tratados internacionales, afirma el autor. Es así como se explica-prosigue- los protocolos lesivos a la soberanía nacional, las reclamaciones abusivas, laudos entreguistas, el bloqueo y la agresión que identifican una época difícil. En este sentido Salcedo-Bastardo es sentencioso:

“Por las grietas de nuestra turbulencia y nuestra desunión, por las fisuras morales de aquellos quienes correspondía la alta responsabilidad de cuidar el decoro de la nación, por entre la anarquía y las tiranías que no dan cuartel, se filtran los apetitos alienígenas y se aumentan las causas del desastre y de la crisis venezolana”¹⁷.

Salcedo-Bastardo no titubea de afirmar que la población de la Venezuela agroexportadora se encuentra en una “deplo-

rable situación”. A la paralización poblacional propia de un país devastado, se suma el carácter xenófobo de las autocracias. Por añadidura, cuatro factores denotan la problemática demográfica señalada: nula inmigración, la viruela, el colera y el paludismo. De esta manera el autor es más enfático: en este “paréntesis de la desintegración” hasta las enfermedades conspiraban contra el progreso. Decadencia ética es el término que atribuye Salcedo-Bastardo, a los ya sumado del momento analizado. Mientras la independencia fue una empresa esencialmente ética, consustanciada con los principios de “moral y luces” esgrimidos por el Libertador, la decadencia es una constante a partir de José Antonio Páez. El deterioro de la “estructura espiritual de Venezuela”, el abuso de las palabras y la conveniente adulación son elementos que contrastan con la “sociedad virtuosa” que anhelaban los libertadores. ¿Y qué decir de la corrupción?:

“La falta de escrúpulos se liga a la ‘viveza’; la inestabilidad crónica sugiere que se aproveche ‘la ocasión’ a como dé lugar. Nada de raro que el contrabando sea una ‘industria’ para la propia autoridad que deba reprimirlo; igual la prostitución, el juego y el suministro de aguardiente. Los monopolios de hecho, para enriquecerse con el hambre de la comunidad y para la explotación de los negocios inconfesables, son prebendas que el ‘jefe’ de cada entidad- Estado, Distrito, Municipio o Caserío -se permite otorgar a sus connmitones. En la escala axiológica de los despotismos, los valores culminantes son los que atienden a las apetencias más groseras. La insistencia en no ser ‘tonto’ sino ‘hombre práctico’, funda una pedagogía de la desvergüenza y del cinismo que es el obstáculo difícil de superar en los intentos por establecer la democracia y su correspondiente orden de austera dignidad y limpieza”¹⁸.

Un Paréntesis Disolvente

En su balance sobre las carencias de nuestro siglo XIX, la dispersión intelectual tuvo gran impronta. Nos dice el autor que el pensamiento creativo que culmina con Andrés Bello y Simón

Bolívar, es contrastante con la atrofia de las ideas del siglo contrarrevolucionario. Acota que Rafael María Baralt, Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta, son excepcionales herederos de los dos portentos mencionados. De igual estirpe son José María Vargas y Juan Manuel Cajigal. A fin de cuenta en esta etapa funesta no existen condiciones para las luces:

“El ambiente de la decadencia desintegradora resulta negativo para un esfuerzo espiritual de vigorosas realizaciones. No es que Venezuela no produzca por entonces personalidades intrínsecamente capaces para un ejercicio intelectual de suprema calidad, es que la inclemencia nacional, así en la persecución por los tiranos como en la indiferencia social general, quiebra esas individualidades, o las lleva a naufragar en la complicidad; disyuntiva trágica: pues era irresistible la corrupción, o frágil la contextura ética que engañosamente pareció aptitud para elevado magisterio”¹⁹

En este siglo la libertad de expresión es la convidada de piedra y el periódico no cumple la tarea como “libro del pueblo”, en virtud que las autocracias duras que campearon el siglo XIX consideraron “subversiva” la operación del pensar. También las universidades sufrieron las invectivas de las “crisis contrarrevolucionaria”. El único movimiento intelectual que cuenta con la venia de las oligarquías a finales de la centuria es el Positivismo, con todo lo que esta escuela representó como corpus ideológico del gomecismo propiamente dicho. Su corolario fue el pesimismo modernista. La pobreza del arte, y el penoso estado de la educación vienen a sumarse a las dificultades de un siglo terrible. También el derecho, como rama cultural, le tocó la peor parte. A lo largo del siglo las leyes se convertían en letras muertas bajo el ala protectora del *mandamás*. Códigos, leyes y sentencias que van al cesto de la basura, bajo discursos leguleyos y alocuciones retóricas de los “integrados”. El panorama colectivo también es deplorable. La modernidad es la gran ausente. La ideología es un seudoproblema, igual que los

cognomentos de conservadores y liberales. Pese a su reiterativa descalificación de la centuria, ve Salcedo-Bastardo que socialmente comienza una colectividad abierta y movilidad interna. ¿un intersticio de luminosidad en la larga noche nacional?:

“La sociedad de clases a la cual Venezuela se abre por la Revolución, se hace más sólida y estable entre 1830 y 1935. Las características económicas- cantidad y fuente de ingreso, seguridad e independencia personal, posibilidad de iniciativas-, con sus correspondientes tipos de vida y educación, además del éxito político o militar, son las que en el período determinan la ubicación social de los individuos”²⁰

La iglesia católica no fue exonerada del maltrato de los gobiernos. En síntesis, el panorama social es desolador en Venezuela para 1935. Reitera Salcedo-Bastardo que “sus instituciones todas languidecen bajo la cruda realidad de la autocracia corruptora y anonadante”.²¹ Época hostil que verá su fin después de la muerte de Juan Vicente Gómez, el último hegemón de la Venezuela que ya anuncia un nuevo y mejor tiempo.

Un Comentario Final

En las páginas anteriores no quisimos poner en entredicho el aporte historiográfico de José Luis Salcedo Bastardo (1926-2005), sino llamar la atención sobre su subjetiva valorización del siglo XIX venezolano. Subjetividad y parcialidad que si bien es muy propia del historiador- y no tenemos que redundar en esta idea- está impregnada de un matiz ciertamente militante y disimuladamente político. Es decir, asumir que el siglo XIX fue una época oscura, es partir en primera instancia del supuesto que sólo la independencia- y por ende su prócer mayor a quien él dedicó sesudos estudios- es la epifanía de la historia nacional, lo demás sería la contrarrevolución, la tragedia, la selva negra. De este modo- así como muchos intelectuales lo sopesaron y lo sopesan- es una distorsión perniciosa que mutila la cabal comprensión de nuestro proceso sociohistórico, además de idealizar las acciones de hombres de carne y hueso con una maniqueísmo

pacato e insustancial. La historia no es como los personajes protagonistas y antagonistas de bodrios telenovelesco: totalmente buenos contra los totalmente malos.

José Luis Salcedo-Bastardo, pese a su gran esfuerzo por la explicación de la Venezuela decimonónica no pudo escapar del desmesurado culto al héroe que él mismo criticó a la llamada “historiografía tradicional”. De tal manera, que no examina ni analiza los complejos elementos dinamizadores de la Venezuela del siglo XIX, sino que se conforma con un discurso *moralizante* que le adjudica a la Venezuela del siglo antepasado el carácter de edad media nacional, idea por cierto, no exclusiva en el autor, pero que en el mismo alcanza su mayor representación.

La observación que en su momento se hizo a una escuela de historiadores que veían en la colonia la causa de todos nuestros males, época nefasta donde la nacionalidad no pudo cultivarse, se asemeja en gran medida- respetando la especificidad por supuesto -con un Salcedo-Bastardo que le endilga lo peor a la Venezuela del decimonono. ¿Nos estará planteando un *hiato histórico* con la generación de 1936 cómo Cesar Zúmeta con la independencia en su momento? ¿Nos estará diciendo que después de Gómez nació la democracia, modelo exclusivo que comenzó formalmente en el “Pacto de Punto Fijo”? ¿Será que ese hilo de civilidad que se rompió en 1830 y se reanudó en 1936 con el Nuevo Tiempo es el ideal bolivariano en acción? ¿Seguirá siendo Simón Bolívar el paradigma a seguir, el personaje-símbolo en qué todos debemos encontrarnos? ¿Seguimos mirando la realidad decimonónica venezolana con ojos prejuiciados? ¿La historia es para juzgar o para comprender? En todo caso el autor de Historia Fundamental de Venezuela nunca dejó de invitarnos a la relectura de nuestro pasado más allá del lo bueno y lo malo...

NOTAS:

1. Esta voluminosa y celebrada obra está integrada por cinco partes tituladas: LA FORMACIÓN, EL ORDEN COLONIAL, LA REVOLUCIÓN, LA CONTRARREVOLUCIÓN, y EL NUEVO TIEMPO. Duró una década el autor para escribirla, de 1960 a 1970 como él mismo nos explica, siendo acreedor del Premio Municipal de Prosa del Distrito Federal en 1970. Para la realización de este ensayo tomamos la tercera edición, editada por el Instituto de Previsión Social de las Fuerzas Armadas/XVII Aniversario-Caracas, 1972. 778 p. Solo nos interesó el capítulo cuarto- LA CONTRARREVOLUCIÓN- que comprende todo el siglo XIX. El autor sobre esta parte del devenir histórico es bastante enfático: “Durante el cuarto periodo se retrocede: la Desintegración ataca, niega y diluye el perfil a tan alto costo proyectado; se contrarían - sin dejar ni una en pie- todas las directrices revolucionarias. Propia de este siglo largo son el pesimismo y el desaliento; tal es la intensidad de semejante actitud, que impregna las almas hasta mucho más allá de concluido el tramo histórico donde ella era natural y explicable; se continuará girando y resbalando sobre sus argumentos derrotistas incluso después de entrado el Nuevo Tiempo”. *Historia Fundamental de Venezuela*. P. 713.

2. José Luis Salcedo-Bastardo (1926-2005). Escritor y docente de prolífica obra. Profesor de Ciencias Sociales en 1945. Doctor en Ciencias políticas y Abogado, en 1950. Cursos de postgrado en Sociología en las universidades de París y Londres, 1950-1952. Profesor Titular jubilado de la Universidad Central de Venezuela. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Destacan entre sus obras: *Por el mundo sociológico de Cecilio Acosta*, *En fuga hacia la gloria*, *Visión y revisión de Bolívar*, *El pensamiento político del Libertador*, *Historia de Carúpano*, *Bolívar: un continente y un destino*, *El primer deber*, *La conciencia del Presente*, *Un hombre diáfano*, etc.

3. Ejemplo de lo que decimos lo tenemos en la obra póstuma de Mariano Picón Salas con una aseveración que ha calado profundamente en los historiadores más contemporáneo: “Podemos decir que con el final de la dictadura gomecista, comienza apenas el siglo XX. Comienza con treinta y cinco años de retardo (...) los desterrados, principalmente los jóvenes que regresan a la muerte del tirano, traen de su expedición por el mundo un mensaje de celeridad. Era necesario darle cuerda al reloj detenido; enseñarle a las gentes que con cierta estupefacción se aglomeraron a oírlos

en las plazas públicas y en las asambleas de los nacientes partidos, la hora que marcaba la Historia”. *Suma de Venezuela*. Antología de páginas venezolanas. Editorial Doña Bárbara, C.A. Caracas, 1966. P. 22. Semejante juicio hace Mario Briceño Iragorry en una de sus obras fundamentales sin ninguna distancia de su pasión característica: “Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si para estos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, de caída y ascenso, que determinaron los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración, Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos tribales que no llegaron a obtener la densidad social requerida para el ascenso a nación”. *Mensaje Sin Destino*. Monte Avila Editores. 4ª Edición. Caracas, 1992. P. 40.

4. Esta puede ser considerada una aseveración temeraria. El autor en su explicación inicial expone su intención última: síntesis además de una historia multilateral, que viene a ser una “biografía de la comunidad” : “Procuramos aquí un examen, dinámico y genético, no de un instante sino de una secuencia completa, una análisis que no se circunscribe a la política, las guerras ni los gobiernos venezolanos, que extiende sus miras, con simultaneidad, a lo social, económico, jurídico, etc., que atiende igualmente al medio geográfico sobre el cual se escenifica la experiencia humana, y observa a ésta dentro de las coordenadas vitales del mundo” *Historia Fundamental de Venezuela*. P. 8. Ya para 1955 en su conferencia “Críticas a la historiografía tradicional” exponía el plan de su obra futura. Véase *Historia de la Cultura en Venezuela*. T.I (Varios autores) Universidad Central de Venezuela/Instituto de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación. Caracas, 1955. Pp269-285.

5. Salcedo-Bastardo, J.L. *Historia Fundamental de Venezuela*. P. 261

6. Idem. P. 397

7. Idem. P. 402

8. Idem. p. 405

9. Idem. P. 428

- 10 . Idem. P. 437
- 11 . Idem. P. 443
- 12 . Idem. P. 457
- 13 . Idem. P. 458
- 14 . Idem. P. 459
- 15 . Idem. P. 477
- 16 . Idem. p. 471
- 17 . Idem. P. 502
- 18 . Idem. P.519
- 19 . Idem. P. 523
- 20 . Idem.P. 562-563
- 21 . Idem. P. 573